

Sarcasmo

Sarcasm

Jhonattan Andrés Benavides Jurado

Estudiante de Literatura

Universidad Autónoma de Bucaramanga

jbenavides158@unab.edu.co

Recibido el 2 de octubre 2014

Aprobado el 27 de octubre 2014

Acababa de escuchar el sonido del reloj despertador. No había asomos de la aurora en mi ventana. Me levanté sin haber despertado por completo, tomé el dentífrico que debí haber tirado accidentalmente al suelo antes de ir a dormir. Me incliné un poco, busqué el cepillo de dientes debajo de la cama y, casi de inmediato, percibí que algo andaba mal. Nada de qué preocuparse. Retomé mi búsqueda y encontré una horrible mota que me obligó a desistir de mi tarea. Dejé todo en el olvido, pasé al closet y extraje, de uno de los cajones inferiores, un cepillo que acostumbro a guardar para evitar la pena de salir de casa y obligar al vendedor a soportar el mal aliento de alguien que apenas acaba de despertar.

Me dirigí al baño mientras me deshacía del pijama y tomé mi cepillo nuevo. Hacía días que mi higiene dental me tomaba más tiempo de lo normal, podría pensarse que se debía a mi nuevo hábito de fumador, pero esa explicación nunca me pareció suficiente. Había llegado a sospechar que se debía a un inconsciente deseo de hallar en el espejo a alguien más que a mí mismo, de modo que dilatar ese instante en el que lavaba mis dientes se había convertido en la excusa perfecta para explorar con detenimiento.

Abrí la ducha y, como casi siempre, esperé a que el agua me quemara un poco para luego graduar la temperatura y dejarla en el punto exacto en el que podía sentir que no había abandonado la cama y que aún me quedaba tiempo para soñar despierto. Terminé mi rutinario baño –a veces pienso que esto no es asunto de limpieza sino que se trata de uno más de esos ritos que han llegado a hacerse imperativos culturalmente, como otras tantas exigencias que el pudor social ha conseguido implantar–, salí y pasé al escritorio.

Esa manía de pensar que el desorden es una forma de sentirme dueño de todo lo que hago me obligó a permanecer desnudo y dirigir mi mirada al ordenador que estaba sobre el escritorio. Junto a él, del lado derecho, percibí la presencia de un libro de crónicas que ignoro haber visto antes; a la izquierda una colilla de

cigarro dentro del cenicero me llevó a pensar que algo debía haber escrito la noche anterior pues la nicotina suele acompañar mis ociosos planes literarios. Es extraño que, sin haber bebido una sola gota de licor (al menos eso sospecho) no pueda recordar nada más que mi cuerpo tirado en la cama y mi obvio paso por *Antonia*, el café que acostumbro visitar los viernes después de deambular por la ciudad.

Encendí el ordenador y, sin sentarme aún, traté de ver lo primero que aparecería en mi pantalla. Efectivamente, tal como lo había sospechado, hallé un documento abierto y en él un párrafo del que me valdría más tarde para continuar escribiendo el texto que ha tomado su lugar:

“He decidido acabar con este papel. Apenas unas décadas atrás la pregunta sobre mi origen parecía una inutilidad. Ahora me asalta cuando menos lo espero y la idea de salvar vidas se torna bizarra. No he hecho más que huir de mí mismo para salvaguardar el título de héroe que bien he merecido protegiendo humanos con un antifaz. ¿En qué momento dejé de ser yo mismo para empezar a consentir estos aparentes trastornos de doble personalidad? Escribo esto para que al despertar pueda recordar que he renunciado a ser un héroe y que he decidido abandonar el disfraz. Que se proteja quien pueda y el redentor desaparezca, no hay nada más que hablar.”

Como ya es costumbre en mis amaneceres, tomé un par de horas más para continuar escribiendo y –esto debo suponerlo porque no lo tengo claro del todo– volví a mi rutina de café en la mañana, horas largas de trabajo en la oficina, y un atardecer de sábado en el parque, caminando de aquí para allá sin encontrar un motivo para seguir deambulando.

Una vez más intentaré dibujar un boceto de lo que vino a continuación porque el humo que cubre las escenas consiguientes se torna tan denso como una fusión de la oscuridad que se percibe debajo de la almohada con la presión que se siente en la cabeza cuando nos sumergimos en el agua.

La madrugada me sorprende, aunque esta vez el sonido del reloj no irrumpa en el silencio de la noche. No encuentro la forma de convencer a mi cuerpo de salir de la cama y no me resulta extraño que una vez más reciba el apoyo de Aquiles: ¿qué caso tiene competir con la tortuga si ya me ha tomado ventaja; por qué disparar contra esta somnolencia si mientras yo dormía el mundo siguió en movimiento y ya me ha tomado ventaja?

Cierro los ojos, adquiero una posición fetal, me aferro a la almohada y mi siguiente recuerdo es el reloj timbrando. Esta vez no hay mucho que pueda hacer. Salgo de la cama y no pierdo tiempo buscando el cepillo. Me dirijo a mi escritorio para violentar la falsa promesa de no fumar nunca a primera hora de la mañana. No encuentro cigarrillos y, en cambio de eso, me sorprende la presencia de un par de pendientes sobre una hoja amarilla. Mis miedos más machistas salen a la luz y, casi de inmediato, palpo los lóbulos de mis orejas, pensando que algo grave podría haber pasado. Todo en orden. Mientras eso ocurre, no he separado mi vista de

los pendientes y de la hoja bajo ellos –sólo al terminar de leer habría notado la presencia de una antología de poemas cuyo autor no recuerdo, ni recordaría jamás, a sabiendas de que odio la poesía–. Deslizo la hoja procurando que los pendientes permanezcan sobre la mesa, y en cuanto la levanto percibo algunas frases manuscritas en el reverso.

“El veneno de sus labios aún está presente en los míos. Debía morir y no había otra salida. Aún recuerdo su corazón latiendo y su respiración agitada bajo la almohada. Sus brazos estropearon una dulce escena que debió acompañar el ocaso de la noche. Se agitaban tanto que en un momento de descuido tomó mi cabeza y arañó mis mejillas. No desistí hasta cerciorarme de que había dejado de vivir, hasta notar que su existencia era sólo un recuerdo. Ya había olvidado esa mezcla de horror y fortuna que corre por mis venas cuando les veo despedirse de este mundo para confirmar que lo nuestro es una muerte vital, un irnos muriendo mientras damos un paso, mientras bebemos un trago y mientras nos despedimos del fuerte verano. Quise dejar esta nota con sus pendientes para hacer caso a un desquiciado mundo que suele creer que todo muerto sigue vivo en la memoria de alguien.”

Todavía puedo recordar mis nervios agitados y mi cuerpo acelerado tratando de buscar por todos los rincones de mi diminuto apartamento una sola huella de asesinato. Nunca he sabido lo que digirió mi organismo aquel día tratando de obligar a mi memoria a despejar esa nebulosa que me impedía recordar lo que habría ocurrido antes de llegar a casa para pernoctar. Sufrí las consecuencias de una locura que no había experimentado nunca en mis tres décadas de vida sosegada: las manos sudaban y de mis ojos brotaban lágrimas sin explicación. Si esto se trataba de una broma planeada por uno de mis vecinos, estoy seguro que de haberlo sabido habría herido a cualquiera para vengar ese insulso acto. Mi siguiente recuerdo es la voz de alguien pidiéndome que despertara y la sensación de mi cuerpo tirado en uno de los pasillos del edificio. Al parecer cuando eso ocurrió sólo debí abrir los ojos por un breve instante porque nuevamente aparece en mi mente una escena rasgada y luego me veo a mí mismo bocarriba en una camilla, recibiendo suero y no sé qué cosas conectadas por una aguja a mi brazo derecho. Me despacharon pronto con una orden de remisión al psiquiatra, que debía cumplir el martes siguiente. Salí de la clínica y vagué por las calles creyendo que todo debía haber sido una verdadera pesadilla, confirmada por el hecho de no haberse producido una investigación abierta en mi nombre o un interrogatorio policial.

Si no estuviéramos tan acostumbrados al orden lógico de los acontecimientos, a esa curiosa línea de tiempo que no contempla eslabones perdidos ni saltos o brincos, no me sería extraño haber olvidado nuevamente el hilo de los hechos y encontrarme una vez más en mi cama, durmiendo o simulando que dormía. Una nueva confusión, casi profetizada, me asaltó al amanecer del siguiente día. Desperté como si mi nueva alarma fuera el fuerte deseo de encontrar algo más extraño que en los días anteriores. Traté de omitir los

afanes y la parsimonia acompañó mis pasos que se dirigieron hasta mi escritorio, iluminado por la luz tenue que emitía la pantalla de mi computadora. Bajo la única silla que se encuentra en mi estudio logré vislumbrar algo que se movía. Si alguna ventana hubiera permanecido abierta, la obvia explicación habría saltado a mi mente, sin embargo, no había lugar por el cual pudiera mezclarse el aire. Traté de acercarme un poco más y al fin percibí la cola de un gato angora o, mejor dicho, de una gata. Es realmente repugnante escribir que debí buscar entre las patas traseras y la cola algo que me permitiera determinar si alguna vez tendría que ver nacer a sus herederos en mi propio apartamento. Con algo de miedo la tomé en mis manos, notando que reposaba sobre un libro de Rafael Chaparro que jamás habría incluido en mi biblioteca, la puse sobre mis piernas y dirigí la mirada hacia mi computadora.

“Había esperado durante dos noches el retorno sosegado de aquella dama. ¿Acaso hay alguien en el mundo que ignore que la noche nos es propicia a los gatos para transitar en medio de la melancolía? Bien sabía que el día nunca sería propicio para encontrarle en medio de la ciudad y que sólo tendría una oportunidad para volver a verla pues la falsa idea de tener siete vidas es una tontería que sólo pertenece a esos muchos que han llegado a creer en los baladíes argumentos de algunas películas. A mí me bastaba una sola posibilidad de existencia para experimentar el motivo de mi locura. Es difícil creer que ella, escondida cada mañana para tomar aliento y salir de noche seduciendo incluso al viento, nunca hubiera aceptado de nadie ni una sola caricia. Pero a mí me hacía bien recordarlo e imaginármela tan virginal como una bola de lana nueva. El momento había llegado, mi espera al fin recibía su premio: faltan palabras para describir el fuerte golpe que sentí en el corazón cuando su maullar brotó nuevamente como un canto de musas y mis pupilas se dilataron como si temiera que de repente se perdiera entre la noche y no consiguiera volver a verla. Había acertado con mi paciente espera, aunque fueran muchos los felinos que aguardaran su inquieta presencia. Nada me detuvo para llegar hasta ella y, como si todo esto fuera cosa falsa, aquel lunes vino conmigo para pasear por el borde de la cera y pasar juntos la noche en vela, bajo la luna llena.”

Todo esto seguía siendo extraño y, sin embargo, quise ocuparme de lo que más me urgía: satisfice mis necesidades alimenticias con una manzana que tomé de la alacena y un poco de café que encontré en la nevera; comí, bebí y volví a la cama para imaginarme siendo gato. Algo en mi interior parecía sosegar, pues esta sorpresa, sin dejar de ser incierta, no me perturbaba de la misma manera en que lo hizo la nota del día anterior. Estoy convencido de que nuestro ser se define a partir de los límites de la tragedia: si yo soy mi historia, como un amante español de la tauromaquia solía referirlo, ¿por qué el mapa de mi biografía suele definirse a partir de los hechos adversos que se anclan en la memoria con más intensidad que el sabor del vino y las aceitunas o el aroma del café mezclado con el perfume barato de la mesera que atiende mi restaurante favorito? Claro que soy mi propia historia, pero entendida como la sucesión de tragedias que logran

convertirse en estandartes de cada uno de sus periodos o de sus épocas.

Aunque el sarcasmo de mis últimos días aún parecía más que una burla, conservé la gata –a decir verdad, siempre he tenido un especial aprecio por los felinos–, guardé los pendientes en un lugar seguro, compré un antifaz en una tienda de disfraces y me reí de todo lo que hasta ahora había acontecido. No pospuse mi cita con el psiquiatra, pasé por una de esas calles de la ciudad en las que todo objeto electrónico se encuentra al alcance de la mano y compré una grabadora de voz con una batería que soportaba hasta veinte horas seguidas de trabajo, la puse en el bolsillo de mi pantalón y, sin abandonar la paranoia, la sujeté con un gancho de ropa a la tela interior de mi bolsillo.

